





OBJETIVO: PRESERVAR EL VALIOSO PATRIMONIO DEL ROMÁNICO

Por JAIME NUÑO GONZÁLEZ
Coordinador de la Enciclopedia del Románico

En 2022 se cumplieron 20 años desde la publicación de los primeros tomos de la Enciclopedia del Románico. La ingente obra -patrocinada, entre otras instituciones, por la Fundación Ramón Areces- ha implicado ya a más de 3.000 personas. La iniciativa, que sigue bien viva, ha servido de base a numerosos proyectos de estudio, restauración, conservación y difusión de este valioso patrimonio. “La obra pretende ser un completo catálogo de todos los testimonios artísticos del estilo románico que hay en nuestro país y en Portugal”, resume en este artículo, el coordinador de esta obra, Jaime Nuño. Aquí hace balance de lo conseguido hasta ahora desde la Asociación de Amigos del Monasterio de Aguilar, hoy Fundación Santa María la Real, impulsora de la Enciclopedia, y adelanta los próximos retos.

PARA ENTENDER MEJOR la magnitud de la Enciclopedia del Románico, de este proyecto cultural y su porqué, debemos remontarnos, tiempo atrás. Fue en 1979 cuando se puso en marcha en Aguilar de Campoo una original experiencia. Un grupo de amigos creó una asociación con el fin de recuperar un monasterio medieval en ruinas y convertirlo en un centro de dinamización cultural y social para toda la comarca. Fue el banco de pruebas en el que se ideó el programa de escuelas-taller. Cuatro décadas después, la Fundación Santa María la Real, heredera de aquella iniciativa, gestiona diversos proyectos de formación y empleo, en estrecha colaboración con otras administraciones, entidades y empresas, trabajos de alcance muy diverso. Estos se han desarrollado en distintas Comunidades Autónomas e incluso en otros países, con una plantilla estable de casi 300 trabajadores. Resumimos a continuación sus planteamientos y su historia.

El origen

Año 1979, España se encontraba en plena Transición política y, a la vez, en una reconversión de sus sistemas de producción que implicaron una profunda crisis. Esta supuso el cierre de empresas que hasta entonces estaban consideradas emblemáticas. También se alcanzó una tasa de paro galopante que en algunos lugares llegó al borde de la revuelta civil. Se sentía que la sociedad se estaba transformando rápidamente, por un lado, con la ilusionante previsión de tiempos de libertad. Por otro lado, existía la incertidumbre de una dura supervivencia económica. Son años de inestabilidad, de muertos que se resisten a morir del todo y de recién nacidos -o renacidos- con el estigma de la desconfianza o incluso del miedo. Eran, ante todo, tiempos de cambio, momentos para imaginar, para apostar por un nuevo futuro puesto que poco de lo anterior, ni las ideas, ni las formas de trabajo, parecían tener la suficiente fuerza para mantenerse. Tiempos difíciles, en definitiva.

En esta situación, y casi contra corriente, hubo quien pensó que la cultura era un gran recurso y que el futuro de los pueblos estaba en la educación, en el conocimiento, en la formación, porque una sociedad es más creativa, más libre y más generosa cuanto mayor es su nivel cultural. Había quien pensaba, también, que España contaba con un gran recurso ocioso, su Patrimonio Cultural, considerado sin embargo por muchos como una pesada carga, inútil -de ahí su lamentable estado-, salvo algunos elementos de primera línea que fueron utilizados por el régimen anterior para cimentar la imagen de una España heroica, piadosa e imperial o que, igualmente, podían ser utilizados por los nuevos poderes territoriales emergentes para justificar idiosincrasias exclusivas, glorias particulares y, en última instancia, derechos antaños.

Un viejo marco para una experiencia original

En Aguilar de Campoo, un pequeño pueblo con olor a galleta donde cientos de familias seguían amasando, horneando, empaquetando y repartiendo en pequeños camiones las María y Tostada que desde décadas elaboraban en algún obrador familiar y sobre todo las cuatro fábricas que en esos momentos todavía funcionaban en el lugar, los avatares políticos se viven desde lejos y los quebrantos económicos son bastante ajenos, Gracias-a-Dios y a las santas galletas. Aguilar es también un pueblo con historia, con mucha Historia, como proclama su castillo, las murallas, las dos ermitas románicas, los dos monasterios, una colegiata repleta de retablos y sepulturas de nobles fundadores, la amplia plaza porticada y un sinfín de casonas blasonadas, a veces con elegantes moteos que son una llamada de los del pasado para que reflexionen los del presente: *Velar*



se debe la vida de tal suerte que quede vida en la muerte, dice uno de ellos. Muchos de estos testigos de antaño están en verdadera decadencia, cuando no abandonados o en avanzada ruina, como ocurre con el monasterio de Santa María la Real, fundado allá por el entorno del año 1000 y que sufrió los mismos avatares que muchos otros de los grandes monumentos del patrimonio cultural español: desamortización de 1835, crisis y guerras en el siglo XIX, crisis y guerras en el siglo XX y sobre todo mucho desinterés por parte de las administraciones, pero igualmente por parte de la mayoría de la gente, que no entendía -y seguía sin entender en esos años- para qué sirve un castillo que ya no defiende, un monasterio donde ya no se reza, un molino que ya no muele o un escudo que no se sabe ni de quién es. Afortunadamente, cuando todo el mundo parece caminar en una dirección, hay quien cambia de rumbo porque ve las cosas de otra manera. Ya había ocurrido a lo largo de los siglos XIX y primera mitad del XX, los tiempos en los que el patrimonio cultural español sufrió un expolio y una destrucción sin precedentes; cuando las

“EL PATRIMONIO CULTURAL, COMO RECURSO QUE ES, DEBE SER EXPLOTABLE PORQUE EN CASO CONTRARIO DEJA DE SER UN RECURSO PARA CONVERTIRSE EN UNA CARGA Y LAS INVERSIONES YA NO SERÍAN TALES, SINO SIMPLES GASTOS”

murallas sucumbían a la piqueta para liberar a las ciudades de los “testimonios de la opresión feudal” algunas voces se alzaban contra tamaña barbaridad; cuando se vendían retablos, códices o monasterios enteros para hacer caja o pagar favores, hay quien, desde aquí mismo, lamentaba nuestra incultura, pero esas voces eran muy minoritarias y tan elitistas que apenas traspasaban las páginas de las publicaciones eruditas donde se manifestaban. Siempre palabras, nunca hechos.

En 1979 se funda en Aguilar de Campoo la Asociación de Amigos del Monasterio de Aguilar con la intención de recuperar de la extrema ruina aquel viejo cenobio y convertirlo en un centro de dinamización cultural para toda la comarca. Ilusión: toda, dinero: ninguno, medios: el trabajo personal de cada uno y la habilidad para ir implicando a otros entusiastas, administraciones y posibles mecenas y colaboradores. Esos fueron los recursos con los que se empezó entonces, los que impulsó el fundador de la idea, José María Pérez, Peridis, prácticamente los mismos que sigue manteniendo hoy la Fundación Santa María la Real, heredera directa de aquella pequeña asociación, aunque las cosas también han cambiado mucho desde entonces, afortunadamente.

En aquel lejano 1979, se empezó a desescombrar el monasterio y a plantear pequeñas obras de consolidación, pero el objetivo no era sólo la recuperación arquitectónica, sino replicar lo que, en cierta manera, había sido durante la Edad Media, un gran monasterio para su comarca circundante, un gran centro de desarrollo cultural, pero también económico y laboral. Así, mientras se iban consolidando muros con voluntarios y campos de trabajo, se iban captando pequeñas partidas presupuestarias para las obras más complejas, permitiendo que alguna cuadrilla formada por jóvenes del lugar, bajo la tutela de algún oficial más experimentado tuviera unos meses de trabajo remunerado. A la vez, en verano o en fines de semana, se montaban espectáculos de teatro, recitales de poesía, conciertos, visitas a las iglesias románicas del entorno, siempre con colaboradores desinteresados, cuyo mayor efecto era comprobar cómo la vida iba volviendo al abandonado monasterio y a una comarca donde la despoblación y el envejecimiento empezaban a ser angustiosos. Cada año, a medida que la obra avanzaba -despacio, pero sin pausa, casi al modo medieval- el número de asociados aumentaba y el de visitantes igualmente, hasta el

punto de que algún urbanita hastiado se compró casa en alguna tranquila aldea. El trabajo y la perseverancia se vieron compensados cuando el Ministerio de Educación de entonces asumió la posibilidad de establecer en el monasterio de Santa María la Real un instituto de bachillerato, que empezó a impartir las primeras clases en 1984, en unas condiciones tan precarias que ahora consideraríamos casi inadmisibles. Sin embargo, eso sirvió para consolidar un centro de educación que cuenta hoy con casi 500 alumnos y donde también se halla una sede de la UNED.

Esperanza frente a la inestabilidad

El desarrollo de todas estas iniciativas coincidió con un terrible momento de la economía española, que seguía en horas muy bajas, con elevadísimo paro y una inflación galopante, en paralelo a la necesaria reconversión industrial que provocaba además incertidumbre y desánimo, falta de expectativas para los más jóvenes y, en consecuencia un alto índice de fracaso escolar. En Aguilar de Campoo, convertido ya en campo experimental de formación y de trabajo, se había observado que jóvenes sin cualificación podían ser capaces de aprender oficios en vías de extinción de manos de viejos maestros cuyos conocimientos parecían no tener depositario puesto que la cantería, la fragua, la carpintería de armar, la cal o el estuco ya nadie los reclamaba. Y, sin embargo, España seguía salpicada de monumentos abandonados que, como el monasterio de Santa María la Real, podían ser el mejor laboratorio para mantener esos oficios, para aportar nuevas ilusiones a los más jóvenes con nuevas posibilidades de trabajo y para crear equipos que convirtieran a cada taller en una escuela y en un centro de dinamización con proyección municipal o comarcal. Se perfiló entonces el modelo de escuela-taller, una iniciativa totalmente innovadora en la que el patrimonio, la



cultura y el pasado ya no se mostraban como una carga, sino como un recurso, aunque había que recuperarlo, ponerlo en valor y divulgarlo para que diera sus frutos.

Gracias al compromiso del entonces llamado INEM, las dos primeras escuelas-taller se pusieron en marcha a la vez en octubre de 1985 en los monasterios de Santa María la Real de Aguilar y de San Benito de Valladolid, multiplicándose a partir de entonces exponencialmente, llegando hasta los rincones más apartados y diversificando de manera muy amplia los campos de intervención, los oficios y las actividades. En esta situación, el ingreso de España en la Comunidad Económica Europea, en 1986, fue crucial, por la llegada de las aportaciones del Fondo Social Europeo que durante muchos años sirvieron para sostener y consolidar el programa. En Aguilar las distintas escuelas-taller que hubo vinculadas al monasterio sirvieron para contar con un equipo interdisciplinar, más o menos estable, que pudiera dedicarse también a imaginar proyectos de futuro, a la vez que sirvieron una vez más como campo de

experimentación para abordar nuevas fórmulas de trabajo, orientadas no tanto ya a oficios manuales, sino a actividades más técnicas e intelectuales, puesto que se fue apreciando una necesidad de apoyar a quienes se iban formando en los oficios artesanales más allá de su paso por la escuela-taller y a la vez de ir diseñando políticas más generales en diversos campos y en distintos recursos en aquellas comarcas o ayuntamientos donde se trabajaba. Esto, unido al hecho de que los jóvenes licenciados se encontraban con la misma falta de expectativas laborales que los demás -y con el perverso bucle de que sin experiencia no hay posibilidad de contratación y que sin contrato la experiencia resulta imposible- llevó a imaginar una nueva experiencia, una vez más en Aguilar: el llamado Programa Innovador, germen de lo que luego serían los Módulos de Promoción y Desarrollo. Era el año 1988 y en ese año la Asociación de Amigos del Monasterio se convirtió en Centro de Estudios del Románico, una nueva herramienta que también ponía de manifiesto la orientación que poco a poco se iba adoptando en el tratamiento del Patrimonio Cultural.

Del monumento al territorio

El Centro de Estudios del Románico consideraba que en los últimos años la apreciación que los españoles tenían de su patrimonio cultural había dado un vuelco, y, en gran medida, gracias al papel socializador de las escuelas-taller, que habían conseguido que cada pueblo, cada lugar, cada comarca estuviera orgullosa de su pequeña iglesia, de su torre, de su palacio o de su yacimiento arqueológico y se comprometiera en su conservación, pero que aún faltaba mucho por hacer. El patrimonio -salvo los monumentos de primera magnitud- seguía siendo, en buena medida, una materia prima que era nece-

tístico, pero cualquier monumento, cualquier bien de interés cultural es un ente mucho más complejo, así, por ejemplo, hay que partir del hecho de que se encuentra en determinado lugar, por lo que responde a unas circunstancias también medioambientales, tiene o ha tenido un uso —y en ocasiones diversos usos, como pueden ser muchos templos medievales, que son lugares de culto, a la vez centros culturales y a la vez lugares de referencia turística—, son casi un organismo vivo, con sus virtudes y sus achaques, e igualmente tienen en su entorno otros entes que interactúan con ellos, desde la fauna y la flora a la sociedad, una sociedad que a veces tiene necesidades muy distintas en su relación con el monumento. Podemos empezar entonces a hablar del firme vínculo personas + patrimonio + paisaje.

“LA EXPLOTACIÓN SOSTENIBLE ES UN VERDADERO RETO Y EN ELLA LA IMPLICACIÓN DE LA POBLACIÓN LOCAL Y DE LOS AGENTES SOCIALES ES UN FACTOR DETERMINANTE”

sario manufacturar para que el recurso creara dinamismo económico y empleo y para ello era necesario plantearse una política a largo plazo que tuviera tres pilares: el conocimiento, la difusión y la explotación. De todas formas, cada uno de esos pilares requería un planteamiento novedoso y una reflexión previa para ser conscientes del punto de partida y el camino a seguir, puesto que el punto de llegada, aun a día de hoy, apenas si somos capaces de intuirlo.

El conocimiento es sin duda el primer paso para trabajar sobre un elemento o una idea, ser conscientes de qué es lo que tenemos, de sus valores, de sus puntos fuertes y débiles, de sus amenazas y de las oportunidades que nos ofrece. Cuando hablamos de conocer el patrimonio cultural casi siempre se hacen planteamientos reduccionistas, ya que nos centramos en el conocimiento histórico, documental o ar-

Conocer todas estas circunstancias permite dar un segundo paso con cierta seguridad puesto que, para comunicar, para difundir el valor del patrimonio, debemos ser conscientes de sus cualidades, buenas o malas, así como del público objetivo al que hay que dirigirse y cómo nos debemos comunicar con él. En España, todavía hoy, tenemos un gran déficit en divulgación de la historia o de la cultura en general; el conocimiento sigue pareciendo a muchos profesionales más elevado cuanto más restringido es, por tal motivo no deja de resultar llamativo que los grandes divulgadores del pasado sean periodistas o escritores y no historiadores, que aún siguen encerrados mayoritariamente en sus foros universitarios. Para que el patrimonio cultural resulte rentable la divulgación es la tarea más importante porque es la que nos permitirá transmitir con entusiasmo, convencer y llegar a amplios sectores de la población -como ya ocurre en otros países europeos-, creándose una demanda capaz de generar nuevos empleos y en consecuencia actividad económica: basta ver lo que supone para Estados Unidos su Oeste, un período histórico de escasas décadas de vigencia, del que apenas queda nada más que

los paisajes, pero que hace más de un siglo que está sólidamente explotado. Pero a la vez hay que tener en cuenta que la sencillez no significa simpleza y que para una correcta divulgación es necesario un sólido conocimiento previo, de modo que un buen divulgador debe ser capaz de conectar tanto con los ambientes más especializados como con los más básicos.

Un recurso a explotar

Finalmente, el patrimonio cultural, como recurso que es, debe ser explotable porque en caso contrario deja de ser un recurso para convertirse en una carga y las inversiones ya no serían tales, sino simples gastos. ¿Significa esto que todo vale en la explotación del patrimonio cultural? Desde luego que no, puesto que nos hallamos ante elementos muy sensibles cuyo deterioro o destrucción puede resultar irreparable, como continuamente se viene demostrando, de ahí que la planificación sea esencial. En esta planificación hay que tener en cuenta un factor fundamental, casi siempre olvidado, el papel de la población local que, en definitiva, ha sido quien ha salvaguardado el bien a lo largo de toda su trayectoria histórica. Es frecuente que cuando un elemento cultural adquiere un rango importante y empieza a ser conocido, reconocido y visitado, toda actuación que sobre él se lleva a cabo se hace desde instancias ajenas a la propia población del entorno.

Es cierto que son las administraciones quienes acaban teniendo la competencia y la responsabilidad de su conservación, pero también es verdad que un bien patrimonial es lo que ha llegado a ser gracias a quienes lo han arropado tradicionalmente y no se pueden tomar determinaciones obviando ese hecho y sin contar con el vecindario. Por ese motivo, muchas veces una población acaba viviendo mayoritariamente de espaldas a su monumento más emblemático, que queda solo a disposición de los visitantes



José María Pérez, Peridis

y del pequeño sector local que puede explotarlo de forma directa. Cuando el monumento no es tan relevante como para tener una explotación directa evidente, como ocurre en muchas pequeñas poblaciones, acaba por convertirse en algo totalmente ajeno, que incluso provoca molestias, de modo que el entorno se inhibe por completo, rompiendo la estrecha relación que tenía hasta entonces con él, recayendo toda la responsabilidad de su mantenimiento sólo y exclusivamente en las administraciones, para quienes sí empieza a suponer ya una verdadera carga puesto que no están preparadas para acometer iniciativas de carácter más comercial. La explotación sostenible es por tanto un verdadero reto y en ella la implicación de la población local y de los agentes sociales es un factor determinante y el umbral necesario para implicar con pleno compromiso a administraciones, mecenas, patrocinadores e inversores. Es en este punto donde se da el salto necesario de pensar en clave de elemento, de monumento

aislado, a territorio o espacio cultural y de la intervención tradicional bajo el prisma de restauración, rehabilitación o como queramos denominarlo, según el vocablo más vanguardista, a conocimiento de una realidad cultural como bien social, con todo lo que esto puede implicar.

Hablar de un modelo teórico trasladado a la realidad no es del todo cierto, puesto que no podemos pensar en una reflexión, en un debate previo testeado sólo en laboratorio y aplicado después en el campo, una vez limadas las presumibles deficiencias. Quienes desde hace largos años estamos vinculados al proyecto de Aguilar de Campoo nos hemos equivocado muchas veces y es en los errores donde hemos aprendido, aunque siendo conscientes de que un error siempre conlleva pérdidas, la cautela ha sido una guía permanente. A lo largo de todos estos años se han puesto en marcha muchas iniciativas, algunas definitivamente abandonadas por su inviabilidad, otras fracasadas por nuestra propia torpeza, otras en permanente modificación o readaptación a las circunstancias, pero otras más se han desarrollado con pleno éxito, sirviendo incluso como modelo para otros territorios. Como herederos del programa de escuelas-taller creemos que el mejor laboratorio posible es el trabajo día a día, en contacto con la realidad, trabajando en proyectos reales, no virtuales o experimentales, porque es ahí donde el fracaso verdaderamente duele y donde, en consecuencia, se ha de poner el máximo cuidado.

El modelo teórico ha ido configurándose, por tanto, a la vez que su traslación a la realidad y a cada déficit observado se ha procurado dar una respuesta que al menos sea válida para el medio en que vivimos: ¿Que hay que buscar un ícono que sea capaz de captar la atención en una zona despoblada y deprimida?, ¡hágámoslo!, y así nació un gran proyecto sobre el arte románico; ¿que hay que demostrar con iniciativas concretas y sencillas la viabilidad del empleo en torno

“NUESTRO ROMÁNICO ES HIJO DE LA POBREZA, DE AHÍ QUE LA MAYOR DENSIDAD DE ESTE TIPO DE CONSTRUCCIONES Y LOS EJEMPLOS MÁS ENCANTADORES SE HALLEN EN TIERRAS PERIFÉRICAS, GENERALMENTE MONTAÑOSAS”

al patrimonio cultural?, ¡pongámoslo en marcha nosotros mismos!, y así nacieron varias pequeñas empresas vinculadas a la restauración, a la artesanía y al turismo rural; ¿que nos hallamos en un territorio envejecido donde los jóvenes emigran por falta de trabajo?, ¡hágamos de la necesidad virtud y convirtamos la amenaza en oportunidad!, y así nació Tercera Actividad, nuestros centros de atención a personas mayores y/o dependientes de Aguilar de Campoo y Valdelafuente (León).

1992, el año de la Enciclopedia del Románico

En 1994 la asociación Centro de Estudios del Románico se convirtió en Fundación Santa María la Real, para mejorar su operatividad, aunque algunos de los grandes proyectos que se desarrollaron en años sucesivos o que aún están vigentes ya se habían puesto en marcha con anterioridad. Uno de ellos, ideado en 1992 bajo la convicción de que el conocimiento es el primer paso para poner en valor y rentabilizar un recurso, es la Enciclopedia del Románico, un ambicioso estudio, único en el mundo, que cuenta con la particularidad de que se está llevando a cabo por una pequeña entidad privada y, sobre todo, porque se elabora en gran medida con jóvenes licenciados, historiadores y arquitectos fundamentalmente, reclutados entre las filas de los desempleados con el apoyo de los servicios de empleo. Y, a la vista de los resultados, cabe hacerse la pregunta de si una sociedad como la

española puede permitirse el lujo de mantener inactivo, o en el mejor de los casos dedicado a otros menesteres más simples, un recurso intelectual de tal calibre.

La Enciclopedia del Románico es uno de los proyectos más ambiciosos acometidos por la Fundación Santa María la Real y una de las obras editoriales más significativas llevadas a cabo en la Península en la catalogación, estudio y difusión de nuestro Patrimonio Histórico, e incluso una referencia en Europa. De ahí que mereciera el Premio Europa Nostra en el año 2003 a la mejor labor editorial sobre el Patrimonio Cultural, cuando únicamente se estaba rematando el trabajo en Castilla y León. La obra pretende ser un completo catálogo de todos los testimonios artísticos del estilo románico que hay en nuestro país y en Portugal, cuya estimación ronda los 9.000, muchos de los cuales nunca se han estudiado y de los que una parte bastante significativa se hallan en riesgo de desaparición al hallarse en zonas que, como Soria o Huesca -por poner dos ejemplos claros-, sufren desde hace décadas un grave problema de despoblación.

Es un trabajo exhaustivo y ampliamente documentado, del que hasta la fecha se han publicado 55 volúmenes correspondientes a toda Castilla y León, Cantabria, La Rioja, Asturias, Navarra, Madrid, Cuenca, Guadalajara, Zaragoza, País Vasco, Pontevedra, A Coruña, Barcelona, Tarragona, Ourense, Huesca y Lugo. Pronto se sumarán los tomos correspondientes a Gerona y Lérida, así como los de Portugal, en una labor en la que participan los más prestigiosos especialistas, tanto nacionales como extranjeros, así como un amplio elenco de jóvenes investigadores.

La obra, en la que hasta ahora han colaborado más de 3.000 personas, ha significado igualmente una primera oportunidad para que muchos jóvenes recién licenciados hayan podido incorporarse a un mercado laboral y a un ejer-



Jaime Nuño

cicio profesional que cada vez resultan más complejos y exigentes, tanto más para personas que han decidido orientar su vida hacia el ámbito del patrimonio cultural. De este modo, la Fundación Santa María la Real es una de las instituciones que más contratos ha desarrollado orientados a profesionales relacionados con el estudio y la recuperación de este patrimonio. La Enciclopedia es igualmente una obra integradora, donde se dan cabida a universidades, instituciones diversas o investigadores independientes, pero igualmente a aficionados que con sus informaciones y aportaciones contribuyen a que el trabajo sea lo más completo posible, implicándose de esta forma en el avance del conocimiento de un campo que les apasiona pero de cuyo desarrollo casi siempre están marginados.

Largos años de trabajo y la perspectiva de una amplia continuidad están dando lugar además a la creación de un fondo documental sin parangón en nuestro país e incluso fuera de nuestras

fronteras, puesto que cada testimonio de arte románico estudiado se acompaña de un extenso reportaje fotográfico y, cuando la arquitectura tiene la suficiente entidad. Además, se complementa con exhaustivos levantamientos planimétricos. Todo este material se ha digitalizado y está disponible ya en el portal www.romanicodigital.com, la mayor base de datos online sobre este arte, que permite, desde hace años, que cualquiera desde cualquier lugar del mundo y en cualquier momento pueda consultarla.

Una misión cultural y un programa para su desarrollo

Pero podemos preguntarnos: ¿para qué hacer una Enciclopedia del Románico? La respuesta es clara. La Enciclopedia, más allá de un exhaustivo trabajo científico sobre el románico, es ante todo una misión cultural, un verdadero programa de desarrollo. Este proyecto, como el resto de los que acomete la Fundación Santa María la Real, tiene un contenido social que trasciende a lo que puede parecer en principio una labor investigadora o una edición más de una colección de libros. El que se conserve en España un rico legado románico se debe en buena medida a la incapacidad de muchos territorios para renovar sus edificios más emblemáticos con posterioridad al siglo XII. Puede decirse, por tanto, que nuestro románico es hijo de la pobreza, de ahí que la mayor densidad de este tipo de construcciones y los ejemplos más encantadores se hallen en tierras periféricas, generalmente montañosas y todavía hoy con muy poco dinamismo social y económico. Y esta realidad siempre ha estado presente en nuestro deseo de rescatar este gran activo.

Las pequeñas iglesias románicas que aún hoy salpican buena parte del paisaje de la mitad norte peninsular fueron testigos de la formación de una sociedad de la que somos directos herederos, y leyendo en su entorno, entre sus muros, en la documentación que generaron o en

su devenir histórico podemos seguir el rastro de nuestra propia identidad. El arte románico coincide con la formación de muchos de los territorios actuales, con la articulación de los paisajes que conocemos, con el nacimiento de la vida independiente de las lenguas romances, con el momento más intenso de una fe religiosa que sigue presente en nuestra cultura, o con el primer uso de nuestros mismos nombres y apellidos. A través de sus pinturas y esculturas podemos ver también un mundo, unas labores, unas prácticas que han llegado casi sin variación hasta nuestros días pero que en las últimas décadas han sufrido un proceso de irremediable extinción.

Coincide también la época románica (desde mediados del siglo XI hasta mediados del XIII) con la verdadera formación de una identidad europea que se evidencia en la expansión de unas formas artísticas comunes por territorios que se sienten parte de una misma cultura, lo que entonces se conoció como la Cristiandad. A pesar de los inevitables enfrentamientos entre distintos estados, desde las frías aguas del Báltico hasta las cálidas del Mediterráneo y desde los finisterres atlánticos hasta las verdes llanuras orientales, las gentes fueron conscientes de que compartían un espacio común y una misma tradición, de ahí que, a pesar de los componentes e influencias locales, es el mismo arte románico el que se extiende por toda Europa.

Volviendo a nuestras tierras hispanas, hemos dicho que ha sido la pobreza la que paradójicamente ha mantenido este legado artístico durante siglos, pequeñas iglesias presidiendo el magro caserío de minúsculas aldeas. Sin embargo, los cambios económicos acontecidos a lo largo de las últimas cuatro décadas han alterado profundamente ese sistema de vida tradicional y el campo ha ido perdiendo de forma drástica población, con el consiguiente abandono de muchos pueblos y la desaparición de una cultura secular. La Enciclopedia se convierte así

en un último intento de registrar un rico patrimonio que muchas veces está condenado a una irremediable desaparición, de modo que las descripciones de buen número de lugares, los planos que se levanten y las fotografías quedarán como único recuerdo de no pocos rincones antes de que el tiempo borre todo vestigio.

Afortunadamente serán mayoría los lugares que puedan ser conservados y aquí juega un papel importante otro de los valores de la Enciclopedia: dar a conocer para poder rehabilitar y revitalizar, de modo que el románico se está convirtiendo en un recurso de primer orden para muchas comarcas deprimidas, con la consiguiente repercusión económica y laboral. Así se ha ido creando una demanda social sobre el románico, de modo que las administraciones públicas van asumiendo su responsabilidad en la conservación y divulgación de estos bienes mediante la creación de museos o centros de interpretación y sobre todo a través de la puesta en marcha de diversos programas de restauración a gran escala, como el que en su día acometió el Gobierno de Cantabria y la Fundación Caja Madrid para intervenir en 17 iglesias románicas de la antigua Merindad de Aguilar de Campoo en Cantabria, o los que desarrolla la Junta de Castilla y León en planes de intervención como Románico Norte, Soria Románica, Zamora Románica o, aún en marcha, Románico Atlántico, en colaboración con Fundación Iberdrola España y el Ministerio de Cultura del Gobierno de Portugal -trabajando en más de un centenar de templos-, el que en 2010 puso en marcha la Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha sobre Guadalajara Románica o el que suscribió La Caixa con la Generalitat de Catalunya para intervenir en setenta edificios románicos de la comunidad autónoma catalana. En casi todas esas actuaciones la Fundación Santa María la Real y la propia Enciclopedia están teniendo un papel directo y muy relevante, de modo que toda esa labor de divulgación, valoración y salvaguarda del legado románico, con implicación

de ciertas administraciones y entidades, contribuye igualmente a una mayor apreciación del mismo por parte de las poblaciones locales, que en muchos casos empiezan a ver que en su pequeño pueblo existe una referencia que es capaz de atraer la atención de gentes lejanas, ya sean estudiosos o simples turistas.

Este factor tiene además otro efecto positivo y es que la demanda social por conservar el patrimonio románico y la puesta en marcha de distintos proyectos de conservación, rehabilitación y promoción que instituciones y administraciones están llevando a cabo, está generando una actividad económica sin precedentes en esas comarcas rurales, tanto en el sector de la conservación como en el del turismo, procurando así nuevos campos de actividad en unas zonas tan necesitadas de ello para evitar la continua sangría de la emigración. La comarca de la Montaña Palentina es buen ejemplo de ello,

“SON MUCHOS AÑOS TRABAJANDO EN EL PATRIMONIO, PERO LO MÁS IMPORTANTE ESTÁ AÚN POR HACER... Y QUIZÁS POR INVENTAR”

hasta el punto de que no sólo se está evitando la marcha de los más jóvenes sino que se está invirtiendo el proceso con la llegada de nuevos pobladores, muchos de ellos altamente cualificados. Aquí mismo la población, que tradicionalmente ha considerado el patrimonio románico y el patrimonio cultural en general como algo exclusivista y sin demasiado valor como recurso económico, se está sensibilizando con este cambio, identificándose cada vez más con todo lo que es y significa el románico.

Los rápidos cambios que experimenta nuestra sociedad obligan a continuas transformaciones

en la forma de abordar los proyectos, de ejecutarlos y de mostrarlos públicamente y en este sentido la irrupción de las nuevas tecnologías y el creciente protagonismo de las redes sociales son dos factores determinantes ya mismo. En su labor de divulgación del patrimonio, la Fundación Santa María la Real continúa realizando cursos y seminarios según el esquema tradicional que se inició hace ya veinticinco años, sigue editando libros según el formato convencional, pero también ha iniciado nuevas experiencias, como la puesta en marcha del centro expositivo ROM, románico y territorio, que se ha constituido en la puerta de acceso para los visitantes que se dirigen a nuestra comarca, u organizando como el programa Te vas a quedar de piedra, que pretenden acercar el patrimonio a los más pequeños de la casa.

La necesaria digitalización

Sin embargo, una de las apuestas más recientes se encamina hacia la investigación de aplicaciones tecnológicas susceptibles de ser implantadas en todos los procesos de valoración del patrimonio. Hemos digitalizado nuestros fondos documentales e incluso otros ajenos; hemos realizado programas de televisión y audiovisuales de producción propia y hemos implementado MHS (siglas en inglés de Sistema de Monitorización del Patrimonio) que, mediante el uso de pequeños sensores y dispositivos inalámbricos, permite controlar las condiciones ambientales, de seguridad o eficiencia energética de edificios históricos, ciudades e incluso territorios, permitiendo de este modo una mejor gestión y conservación, facilitando, además, un turismo cultural sostenible y respetuoso.

Toda esta labor ha conseguido que poco a poco el modelo que proclama la Fundación Santa María la Real vaya siendo reconocido, como demuestran los cursos de posgrado donde se explica este sistema de gestión sobre el

patrimonio cultural. También lo demuestran los numerosos premios que va cosechando o el creciente número de entidades públicas o privadas que van apoyando todo este trabajo y del que se ofrece exhaustiva información en la web www.santamarialareal.org.

De la mano de la Fundación Ramón Areces

Hace años que toda esta labor de estudio e intervención en el patrimonio cultural se implementó en distintas provincias y regiones españolas. Hace tiempo que la colaboración con otras entidades europeas y la participación en distintos foros internacionales es un hecho. Es más, la idea se replicó más lejos, con la puesta en marcha y tutela en 2009 de cuatro escuelas-taller en Saint-Louis (Senegal) -una ciudad declarada Patrimonio de la Humanidad por la Unesco-, promovidas por la AECID, el Ministerio de Trabajo español y varias instituciones senegalesas, o la elaboración en 2010 del más importante estudio realizado hasta ahora sobre el románico de Portugal, la obra Arte Románica em Portugal, que contó con el patrocinio de la Fundación Ramón Areces y que ha servido de base a lo que muy pronto será la Enciclopedia del Románico en Portugal, tres volúmenes que verán la luz en 2023, gracias al apoyo, una vez más de la Fundación Ramón Areces, cómplice e impulsora de esta aventura.

Hoy por hoy, la Fundación es mucho más que una entidad sin ánimo de lucro. Es un taller artesanal, un centro de estudios del románico, una editorial, una consultora, una agencia de viajes, un museo, una residencia, un centro de formación... Somos casi 300 profesionales y contamos con sedes en Aguilar, León, Madrid y Sevilla, entre otros lugares. Pese a todo, fieles a nuestros orígenes seguimos apostando por la formación, en todos los aspectos, de jóvenes desempleados. Desde 1985 han pasado por

Aguilar y por sus a veces lejanas ramificaciones más de 3.000 alumnos vinculados a programas del Ministerio de Trabajo, antaño orientados a la formación en viejos oficios artesanales o a la asistencia social y ahora a la gestión, a la investigación especializada y a la aplicación de nuevas tecnologías al conocimiento, rehabilitación y divulgación del patrimonio cultural. Los resultados más directos de esta trayectoria son los casi 300 trabajadores que forman la plantilla estable de la Fundación.

Aún mucho por inventar

Hablar del futuro, en cierto modo, es hablar del presente, puesto que, como ya se ha explicado, el hábito de esta Fundación es experimentar sobre la realidad diaria, con proyectos concretos que estén en marcha, de modo que los nuevos retos ya están aquí. Es cierto, sin embargo, que el compromiso hacia el patrimonio cultural, y no solo nuestro sino de toda la sociedad, es la innovación y muy especialmente en los sistemas de gestión, como la mejor manera de buscar unos resultados eficientes, sostenibles y capaces de generar riqueza. Una gestión responsable del patrimonio, a partir de las pautas que hemos desarrollado en estas páginas, puede convertirlo en un recurso cada vez mayor, pero para ello debemos ser capaces de analizar todos los procesos -que van más allá del simple estudio, de la restauración o del disfrute turístico- y pensar en términos de cadena de valor, el concepto acuñado por Michael Porter para calibrar la competitividad de una empresa a través de sus distintas actividades, es decir, cómo enriquecer y optimizar la aportación y los resultados de cada uno de los eslabones para crear una cadena sólida.

Para que este reto sea efectivo, hay que buscar el compromiso de muchos sectores: los propietarios de los bienes, los usuarios -en su más extenso abanico-, la población local, las administraciones públicas -para quienes la salvaguarda



del patrimonio es una obligación, pero que sin duda son las mayores beneficiarias de una gestión más eficiente-, los empresarios vinculados directamente al mantenimiento o disfrute de los recursos culturales, los centros de investigación y universidades, los aficionados -que desarrollan un importante papel de promoción y control a través de sus organizaciones o de las redes sociales-, o incluso de las grandes corporaciones empresariales, que a través de sus iniciativas de RSC pueden apoyar numerosos proyectos. En todo ello, ya se encuentra trabajando la Fundación Santa María la Real, pero el resultado será inútil si el modelo no se replica e incluso se mejora.

Hoy el mundo empresarial mira con recelo a Oriente por la agresiva competencia de sus fábricas y parece difícil que la situación cambie a corto o medio plazo. Es posible que en un futuro China, -o cualquier otro país emergente- manufacturen buena parte de los productos industriales que consuma el mundo, pero tal vez nosotros podamos venderles a cambio cultura, pasado, arte, naturaleza, gastronomía, imaginación..., disfrute, en definitiva. Son muchos años trabajando en el patrimonio, pero lo más importante está aún por hacer... y quizás por inventar.